

1996

La herida semejante

Francisco O. Ramirez C.

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Ramirez, Francisco O. C. (Primavera-Otoño 1996) "La herida semejante," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 43, Article 42.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss43/42>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Francisco O. Ramírez C.

LA HERIDA SEMEJANTE

Intentaría seguir una vieja receta de mi abuela materna que decía que los demonios se matan con ejercicios matinales y trabajo. Luego tomaría desayuno con Martín en una de las terrazas que bordean el Paseo de los Paquidermos, mirando pasar lacónicamente las chicas vestidas en sugerentes escafandras deliciosas. Una vez terminado el almuerzo asistiría a una aburrida conferencia sobre el origen de la retórica. Finalmente, después de una película que consideraría asquerosa, no tendría más remedio que volver a casa percatándome de que todo lo que había conseguido era prolongar la incertidumbre, postergar el encuentro, alargando esta sensación de alarma y peligro inminente.

Todo comenzó el diez de Diciembre cuando se dio por terminada oficialmente la temporada de clases y no me quedaba nada más por hacer, sino leer y pensar seriamente en cómo se iban a desarrollar mis vacaciones. Reflexión que interrumpió la intempestiva llegada de una invitación de Carlotta para su fiesta de cumpleaños. Esa noche decidí dejar mi ropa estilo intelectual y bohemio tercermundista para vestirme como mi madre hubiera aplaudido de puro gusto. Pero no era mi madre la que me importaba sino Carlotta y sus astutos ojos verdes que parecían grandes luciérnagas urgentes. Sé que suena rebuscado, pero la chica indudablemente me gusta y tal parece yo no le soy del todo indiferente... aunque sé que la lista de los no indiferentes es más larga que un ascensor en movimiento.

Me fui temprano a la fiesta pensando que esto me podría procurar, por un momento por lo menos, la atención indivisa de la susodicha. Pero después de buscarla ansiosamente por toda la casa sin ningún éxito, concluí que estaría en otra de sus andanzas y que ya aparecería irradiando alegría e iluminándonos a todos con la estela de su sonrisa extravagante. Dos horas más tarde el que apareció fue el padre, sacándole chispas al lenguaje, gruñendo como león de circo. En dónde diablos se habrá metido esta mocosa de porquería... ya verá... se arrepentirá de haberme hecho esto.

Acabada la fiesta — sin Carlotta —, volví a casa para encontrar una nota que decía que se había aburrido de esperarme y que llamaría otro día, cuando pase el peligro, tú sabes, ya te cuento, quizás... ¡Qué peligro ni que ocho

cuartos! La furia del padre a estas alturas debía ser un caramelo derretido en su caprichosa boca infantil. Sin embargo me quedé con una aguda sensación de incomodidad, madre de tantos insomnios desde que la conocí.

Dos días después recibí una nota que decía que me visitaría después del crepúsculo, pero nunca llegó. A las cuatro de la madrugada me fui a la cama con una bronca inimaginable.

La noche me acechaba en la figura de dos perros rabiosos, negras sombras echando espuma por la boca. Me vi corriendo, escapando a través de oscuros callejones delineados por borrosos faroles que sólo iluminaban su propia presencia y que desembocaban en rincones más sombríos aún, hasta verme acorralado irremediamente en mi propia habitación; en el último instante, antes de la inminente masacre, se me ocurrió que si lograba dominar mi miedo y mostrarme afectuoso, quizás no me hicieran daño. Así fue, los perros se calmaron y después de un momento que pareció interminable se fueron. Pero uno de ellos se me quedó viendo desde la ventana y sus ojos brillaban como pesadas luciérnagas estáticas. Fui incapaz de distinguir el momento en que desperté, ni el momento en que el perro se desvaneció para dejar en su lugar el macetero que acostumbro a poner en el alféizar de la ventana.

El día diecisiete volví a soñar con perros, pero esta vez al no percibir violencia en su actitud deduje que buscaban, como todos, caricias. Recuerdo haber observado sus caras detenidamente, detrás de toda esa ferocidad emergía una soledad espantable. Cuando finalmente desperté de esta larga y quieta pesadilla, allí, suspendida del mediodía, mirándome con sus incisivos ojos verdes, Carlotta vestida completamente de mi mejor camisa blanca que jamás vería otra vez, mirándome con ojos pesados, casi caninos. Apuesto que soñaste conmigo, te vi darte vueltas toda la mañana con la cara más idiota que alguien podría poner durmiendo y no quise despertarte... Dejé algo de café hecho en la cocina y ahora me tengo que ir. Será para otra vez.

Será para otra vez llegó tres semanas más tarde. Descubrí en mí un niño celoso de sus descubrimientos, y en ella la sabiduría de quien sabe que tiene permitidos todos los caminos del deseo.

Después de que Carlotta se fue, me quedé en cama solazado con el sentimiento de plenitud que resumaba de mi cuerpo, hasta que el calor y la laxitud de la tarde me hicieron dormir. Era una calle larga adoquinada. A ambos lados había casas de dos pisos con altas paredes de piedra. Todo parecía ser de plata y hielo, sin embargo mis pies, a pesar de estar desnudos, se sentían calientes. Cuando miraba algo fijamente, inmediatamente empezaba a teñirse de verde. Podía ver las microscópicas brotaciones crecer con una sensación táctil en la mirada. La calle estaba cubierta de musgo, una delgada capa fosforescente que parecía extenderse con mis ojos hacia el confín del horizonte. A pesar de que caminé por horas nunca pude notar un cambio significativo.

Desperté ya de noche, sudando, la cama sumergida en el desorden. Me volví instintivamente y allí en la pared había un agujero verde como una pupila brillante. Cerré los ojos y volví a dormir pero cuando desperté en la mañana la herida seguía allí. Me levanté para desayunar con Martín. Después de una

conferencia aburridísima fui al cine. Volví de noche caminando para despejarme, para ver si el viento frío me limpiaba de esta obsesión dislocante. Y aquí estoy parado frente a mi puerta. Todo parece normal, la noche es calma y hay luces encendidas en las casas vecinas. Una vez adentro lo primero que me asalta es una impresión de orden inexacto. No pareciera ser mi casa, pero sé que es ésta y no hay otra. En el dormitorio puedo percibir la tensión visible de las cosas al ser absorbidas por esta succión inimaginable. Las paredes del cuarto estirándose como la piel de un globo en los perímetros de un vortex hambriento, comprimiendo la atmósfera, mi mirada. Y yo con esta sensación imposible de no estar en ninguna parte. Sin saber si entrar del todo o ver a Carlotta mañana...